

Señor: sabes mis indecisiones y mis cansancios, mis fallos y debilidades, quisiera empezar ahora mismo pero no me atrevo sólo Tú sabes lo que me ha costado ponerme aquí delante de Ti, pero esa decisión no es solamente mía, sino tuya, Tu eres quien decides, quien mandas.

Muchas veces se hacen cosas por rutina pero sabes muy bien que hoy no quiero que sea así. Por eso te pido que me des la gracia de conocerme tal como soy, de profundizar en mis intenciones a la hora de actuar, de descubrir las raíces de mis pecados de arrepentirme de veras y que tu mano recorra el camino para llegar a Ti renovado sinceramente.

Quiero, que esta Exaltación, sea una Exaltación del amor que nos diste aquí en tu vida y que ese amor siga siendo el ideal de nuestras vidas en todo lo que nos rodea, por eso te quiero rezar este soneto del dolor (atribuido a San Juan de la Cruz), que para mí es una de las oraciones que mejor definen la Realeza de Cristo por la humilde forma en que los hombres te llevaron a la cruz y que dice así:

No me mueve, mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tu me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme, tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera infierno, te temiera

No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera

“Nunca os pesará haberle amado”, solía repetir San Agustín, el Señor es un buen pagador ya en esta vida. ¡Qué no será en el cielo!. Ahora nos toca extender este reinado de Cristo en la tierra, en medio de la sociedad en que vivimos, la familia, el trabajo, los amigos, etc. Muy especialmente entre aquellos que tenemos encomendados “A vuestros pequeños no los dejéis de la mano; contribuid a la salvación de nuestro hogar con todo esmero” aconsejaba vivamente el santo obispo de Hipona.

En estos días, mientras esperamos la Solemnidad de Cristo Rey, nos debemos preparar repitiendo “Queremos que reine Cristo”, y debemos querer en primer lugar que ese reinado sea una realidad en nuestra inteligencia, en nuestra voluntad, en nuestro corazón, en todo nuestro ser. Por eso quiero pedirte Señor mío, Jesús Coronado de Espinas; haz que sienta, que sienta de tal modo tu gracia que vacíe mi corazón, para que lo llenes Tú mi amigo, mi Hermano, mi Rey, mi Dios mi Amor

Himno

Te diré mi amor, Rey mío,
en la quietud de la tarde,
cuando se cierran los ojos
y los corazones se abren

Te diré mi amor, Rey mío,
con una mirada suave,
te lo diré contemplando
tu cuerpo que en pajas yace.

Te lo diré mi amor, Rey mío,
adorándote en la carne
te lo diré con mis besos,
quizás con gotas de sangre.

Te lo diré mi amor, Rey mío,
con los hombres y los ángeles
con el aliento del cielo
que expiran los animales.

Te lo diré mi amor, Rey mío,
con el amor de tu madre
con los labios de tu esposa
y con la fe de tus mártires.

Te lo diré mi amor, Rey mío,
¡oh Dios del amor más grande!
¡bendito en la trinidad
que has venido a nuestro valle!

REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES

¡ Alégrese los cielos y la tierra! ¡ Suenen timbales y trompetas anunciando al mundo que Jesús, Dios y hombre verdadero, ha nacido por obra del Espíritu Santo de una virgen Inmaculada! ¡ Alégrese nuestros primeros padres que ya está en el mundo el Mesías, para quebrantar la cabeza de la serpiente, para volver al hombre a los brazos de Dios, para hacerlo su hijo adoptivo y abrir de nuevo a golpes de cruz las puertas del cielo, que estaban cerradas para ellos y para toda sus descendencia!

¡ Ya el momento se acerca, ya está cerca el día de la glorificación!

¡ Ya está Jesús entre los hombres!

Durante mucho tiempo ha vivido en Nazaret creciendo en años, en sabiduría y en gracia, enseñando a los hombres la obediencia, la humildad y el amor.

Ya empieza a revelarse como Rey y señor soberano, porque al enseñar su doctrina, le obedecen todas las criaturas.

Jesús es Dios, es el Mesías, el Cristo tan esperado por las generaciones. Es manso y humilde de corazón, es la bondad suprema, el amor por esencia, y tanto es así que por si no fuera bastante con haberse hecho hombre, haberse humillado a la triste forma de siervo, y de haber sentido hambre, frío, sudores, angustias y fatigas por satisfacer a su Padre Eterno, se ofrece en holocausto como víctima expiatoria y después de haber sido vejado, escupido, abofeteado, azotado, hecho Rey de burlas con cetro de caña y corona de espinas, sube agotado por el peso de la cruz hasta el calvario, donde le clavan entre dos ladrones y en donde pronunciando palabras de misericordia, de redención y de gloria, quiso morir con mansedumbre de codero, con amor de Padre, y con la serena majestad con que sólo puede morir Dios.

¡ El Cristo ha muerto! ¡ Se han cumplido las profecías!
¡ Verdaderamente era el Hijo de Dios! ¡ Era el Rey de judíos! Y de

todos los hombres y de toda la humanidad, porque por encima de estos testimonios, se oye la voz de Dios que dice por boca de Isaías: “ Desde hoy Jesucristo vivirá en la Eucaristía, para reinar en las almas, renovando su sacrificio y su muerte en Santísimo Sacramento del Altar para eternamente ofrecerse al Padre por el perdón de los hombres.

¡ Honor al Rey de la misericordia y del amor! ¡ Honor a Cristo que muere y resucita para enseñarme a morir y resucitar, a resucitar para la gracia y morir para el pecado!

La mansedumbre de Jesús de Nazaret resultó de tan pura ley, que hasta Pilatos, tuvo momentos de compasión para aquel varón de dolores, burla de soldados, blanco del odio del Sanedrín y de los sacerdotes de Jerusalén.

¿Quién era Jesús de Nazaret? Por su sangre era de la estirpe de David; nació en Belén y atestiguaron su mesiasgo la estrella que guió a los reyes magos para que le rindieran vasallaje,

ofreciéndole incienso como Dios, mirra como Hombre y oro como Rey.

¿Quién era Jesús? Por los campos de Palestina, después de pasar muchos años en Nazaret, en el humilde taller de José el carpintero, su padre, va predicando un reino de paz, las bienaventuranzas de los pobres de espíritu, de los que sufren, los que lloran, de los limpios de corazón, de los pacíficos, de los que sufren persecuciones de la justicia, los esclavos, los humildes y los enfermos que reciben en sus llagas y en su angustia el beso divino de su misericordia.

¿Quién era Jesús de Nazaret? Oíd su doctrina, mirad sus obras, y ellas os dirán que Jesús es Hijo de Dios, el Verbo que ha encarnado, que ha querido tomar la forma de siervo para ofrendar su vida por el hombre, para redimirle y salvarle, el perdón que implora a su Padre por los verdugos, por los que le vapulean, hasta rendirse, con azotes de duras y afiladas puntas de acero que descubren las costillas y le llagan las entrañas; vedle vestido de

rey de burlas pálido y ensangrentado, con ridículos símbolos de majestad, asomado a un balcón del pretorio sobre aquel mar de cabezas que hierve de pasión y de locura, maldiciéndole, pidiendo su sangre y su vida, como si fuera un criminal y un homicida; y como si esto fuera poco, teniendo a su lado a aquel cobarde gobernador romano, que convencido de su inocencia, lo entrega, sin embargo, a la furia de un pueblo envilecido. Seguidle por el camino del calvario; contempladle en una cruz entre ladrones; y cuando oigáis que sus labios no se abren más que para perdonar y que con su muerte nos rescata del imperio de Satanás, nos reconcilia con su Eterno Padre, nos hace sus hijos adoptivos y nos abre de par en par las puertas de la gloria aunque no se estremeciera de espanto la tierra, ni el cielo se cubriera de luto, ni se rasgara el velo del templo, ni atemorizados huyeran las masas exclamando: “ Verdaderamente éste era el Hijo de Dios”, nosotros tenemos que proclamar ante nuestra conciencia, ante el mundo entero, que Jesucristo es el Mesías verdadero; el Cristo que esperaron las generaciones, el Rey, como decía en lo alto de

la cruz aquel letrero de burla: El Rey del cielo y de la tierra, de los judíos y de toda la humanidad”

Con toda verdad, con toda propiedad, Jesucristo es Rey y juez de todos los hombres y de todos los pueblos.

La regia potestad se puede tener por naturaleza, por derecho de nacimiento, por derecho de adquisición o de victoria, y por influjo real y profundo sobre la mente y sobre el corazón de los pueblos.

Jesucristo es Rey por naturaleza, porque en Él la naturaleza humana, fue elevada al consorcio con la naturaleza divina bajo la sola persona del Verbo; y por esto supera a todas las criaturas, sin distinción de angélicas, ni humanas, ni terrenas, siendo Rey de reyes y Señor de los que dominan como dice el apóstol San Pablo en la Epístola 1ª a Timoteo, con toda la potestad sobre los cielos y sobre la tierra, como Él dice de si mismo en San Mateo: “ Me ha sido dado todo el poder en la tierra y en el cielo”.

Y proclaman, finalmente, su dominio supremo, universal sin límites de ninguna suerte, la misma adoración de reyes y pastores, y las voces, los himnos y cantos de triunfo de las Jerarquías y Coros de los Cielos: “abrid príncipes, la puerta de la Gloria, que va a entrar el Rey del Cielo.” Y los Ángeles inferiores, ante la grandeza y majestad de Cristo que entraba con los resplandores de la divinidad, preguntaban: “¿quién es este Rey de la Gloria?”, y los Ángeles superiores, contestaban: “EL SEÑOR FUERTE Y PODEROSO; EL SEÑOR PODEROSO EN LAS BATALLAS.”

Jesucristo es Rey por derecho de nacimiento, porque por la Unión Hipostática es Rey, es Dios, y es hombre, y ved aquí con cuanta sabiduría dice San Gregorio Magno que los Magos al adorar a Cristo en el humilde establo de Belén, también le confiesan y le predicán con místicos dones: oro como Rey, incienso como Dios y mirra como hombre.

Jesucristo es Rey por derecho de conquista, porque nos redimió de la esclavitud del pecado, con su pasión, con el derramamiento de su sangre y con el sacrificio de su vida. Las puertas de la Gloria cerradas por el pecado original se abren de par en par para todos los hombres que quieran aprovecharse de los frutos prodigiosos de la Redención. Ya no es el espíritu maligno el príncipe de este mundo. La promesa evangélica hecha a Adán y Eva en al noche sombría del Paraíso, de un Cristo, de un Mesías que quebrantaría la cabeza de la serpiente, se ha cumplido en Jesús de Nazaret.

Y así como Jesucristo es Rey por naturaleza, por nacimiento, por derecho de victoria, porque destruyó el imperio del pecado es también Rey por influjo, por poder, por valimiento, es decir, por las gracias e inspiraciones que interiormente manda a nuestras almas. Jesucristo es Rey porque es la Luz verdadera que ilumina todas las conciencias.

Jesucristo es Rey de todos los hombres, Rey del espacio,
Rey de todos los siglos.

¡Oh Jesús mío, Rey de Reyes y Señor de Señores! Yo humilde pecador uno mi voz a los coros angélicos para proclamarte Dios y Señor del mundo. Vive siempre en mi corazón, ilumina mi mente, mueve hacia el bien mi voluntad ensombrecida y enferma, para que no te entristezcas en el Sagrario donde me esperas, viendo que por mi culpa sólo y para mí, se va a hacer infructuosa tu sangre redentora.

¡Derríbame del negro caballo de mi soberbia, de las pasiones que me envilecen para que nunca te ofenda, y dame tu gracia! ¡Ciega mis ojos para las vanidades del mundo, pero ábremelos para que te vea sin verte, en mi corazón y en mis acciones; para que pueda hacerte compañía en la soledad de tu Sagrario; para llorar en tus brazos como hijo pródigo; en tus brazos, que siempre me esperan y siempre me perdonan! ¡Qué cuando llames de tantos y tan diversos modos a las puertas de mi

corazón, no lo deje para mañana, para mañana repetir lo mismo, como cantaba entristecido Lope de Vega en uno de sus magistrales sonetos: “¡No me abandones Señor! ¡Hazme soldado de tu reino, pero soldado valeroso de tus ejércitos, para que nunca, abandonadas tus armas, las armas de la oración y el sacrificio, me deje vencer por el enemigo! ¡Señor, me estoy pasando la vida que debí consumir en tu Santo Servicio, crucificándote de nuevo y remachando los clavos de tu Cruz! ¡Perdóname Señor!. Hoy vengo a ti entristecido, en esta hora para trabajar en tu viña, y Tú, eres tan bueno que me prometes el jornal entero, la Gloria, como a los que te bendijeron siempre.

Señor Jesús Coronado de Espinas “Y detrás de Ti un puñado de corazones que dejaron sus túnicas y costales en los baúles de recuerdo para echar si preciso fuere ese corazón vibrante por la boca en un Solo prodigioso de corneta, o un redoble magistral de tambor” Como un auténtico Rey tienes tu propia compañía que te rinde sus mejores honores, que son: juventud, cariño, fidelidad, sacrificio y sobre todo mucho amor.

Por eso desde esta exaltación quiero pregonar por los cuatro
puntos cardinales que Tú:

ERES:

Sol naciente.

Salvador del mundo.

Redentor de nuestros pecados.

Padre de Sabiduría Celestial.

Creador de todas las cosas.

Padre Santo.

Luz del mundo.

Alegría de nuestras vidas.

Todo clemencia.

Dueño de nuestros corazones.

Nuestra salvación.

Nuestro Amparo y protección.

Nuestro guardián y pastor.

Hijo del Altísimo.

Señor y Dios nuestro.

Todo misericordia.

Alfarero del Hombre.

Señor de Cielo y Tierra.

Verbo Eterno del Padre.

Todo confianza.

Dolor infinito de tu Madre.

Fuerza de nuestras vidas.

Hijo amado del Padre.

Alivio de los afligidos.

Solaz de las penas.

Consuelo del moribundo.

Comida y bebida eucarística de las almas.

Sangre brotada de tu coronación.

Fuente de Vida y Santidad.

El más Bendito entre todos los nacidos.

Tú, Señor, eres Rey de Reyes, que elevaste contigo al Cielo en
cuerpo y alma a tu Madre.

Eres: Rey de todos los tiempos.

Rey de los pobres y humildes.

Rey de la Gloria.

Rey del Perdón.

Rey de la Paciencia.

Rey de la bondad.

Rey de la fortaleza.

Rey de la Paz.

Rey de la Cruz, fuente de vida y esperanza.

Rey de la caridad.

Rey y centro de nuestros corazones.

Rey de la Humildad.

Rey del Amor.

Señor: Tú eres

REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

He dicho.